

hermanos de Josef á rogarle. A los amigos de Job manda Dios que vayan á rogarle que ruegue por ellos, que desta manera les perdonará lo que le ofendieron. El salmo dice que anda el malo amaitinando al justo, pretendiendo matarle, pero que Dios está burlando de sus intentos, porque tiene los ojos en su día, que ha de venir. Su día, ó se entiende del malo para que pague, ó se entiende que vendrá el día del bueno, en que se venga, ó se entiende el día de Dios, que lo está mirando; que también se llama su día el del juicio por los profetas, porque también vengará sus ofensas y las del bueno, que basta que sea día del bueno para llamarle Dios también suyo; el cual será de gran fiesta para él y para ellos; porque, así como en esta vida los días festivos y alegres de los hombres se celebran con comidas, así la gloria del cielo se llama cena y banquete para declarar su contento. Y asimismo la venganza de los malos por el que el mismo Dios y los buenos recibirán, se llama también banquete; de quien dice el Señor en el Evangelio que adonde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas; en que significa por las águilas los buenos, y por el cuerpo el manjar con que ellos hacen fiesta; de suerte que quiere decir que hará Cristo, nuestro Redentor, á los buenos un banquete real y regocijado de la condenación de los malos, que será gloria para ellos, pues lo ha de ser del mismo Dios en ver ejecutada su justicia, con cuya voluntad estarán tan conformes, que será la misma la suya. Con esta doctrina se entiende un paso del *Apocalipsi*, que de otra manera tiene dificultad, donde dice san Juan que vió un ángel que estaba de piés en el sol y convidó con grandes voces á todas las aves que volaban por medio del cielo, diciéndoles: Venid y juntáos á la grande cena de Dios, cuyos platos han de ser carnes de reyes, carnes de tribunos, carnes de valientes, carnes de caballos y de caballeros, carnes de todos los esclavos y libres, y carnes de grandes y chicos. Y claro está que aquel día no se comerán carnes, y mucho menos carnes humanas, de tantos estados, sino la condenación dellos, que, como dicen los santos, son parte de su gloria.

Este trocar de manos les decía el Redentor muchas veces á los unos y á los otros. A los ricos: ¡Ay de vosotros, ricos, que habeis escogido aquí vuestra consolación! A los pobres: Bienaventurados los pobres y perseguidos, que vuestro es el reino de Dios. Y con razón se duele de los unos y da el parabién á los otros; porque si el tiempo del gozar fuera todo igual y los bienes y los males también iguales, poca era la diferencia (aunque era alguna), tener aquí cien años de contento, y después otros ciento de pena, ó al revés; todo era comenzar por lo uno y por lo otro, aunque todavía era ventaja comenzar por lo malo, como san Crisóstomo dice, reprehendiendo en un sermón cierto refrán del vulgo que se usaba en su tiempo; porque el que comienza de lo trabajoso, goza desde luego el bien con la esperanza, lo cual tiene al revés el que comienza del bien. Así gozaba san Pablo cuando decía que lo que es momentáneo y ligero de la tribulación, causa aquí eterno peso de gloria en el que padece, poniendo los ojos, no en lo que se ve, que es poco y temporal, sino en lo que no se ve, que es eterno. Cristo, nuestro Redentor, esforzaba á sus discípulos, di-

ciendo: Bienaventurados, no dice seréis, sino sois, desde agora, cuando os dijeren los hombres mal y os maltrataren, cuando os descomulgaren, desterraren, etc. Holgáos y alegráos en aquel día, que desde aquel comienza el gozo de entender que vuestro galardón es muy copioso en el cielo.

Con estas y otras razones dispone y esfuerza Dios á los suyos á la vida trabajosa, para llevarla con alegría. Compara san Juan Crisóstomo á Dios á un padre, y al demonio á los cosarios que andan buscando gente que llevar cautiva por las costas; que estos, en topando un niño, no le azotan ni amenazan, antes le regalan y le dan confites y golosinas hasta cogerlos, que allá en su tierra les azotarán y molerán con trabajos y les harán sudar; pero el padre al hijo nunca le regala en la niñez, sino ora el azote, ora el grito, ora el ayo le amenaza, porque por aquí le encamina á la vida rica, honrosa y descansada. Así, el mundo y el demonio al principio, para echar á perder un hombre, le tratan con regalo, escondiéndole los trabajos y adversidades, porque dulcemente se encamine á tenerlos eternos y intolerables en el infierno; pero Dios desde acá envía la reprehensión, la enfermedad, la pobreza y otros trabajos, porque este es el camino para vivir después descansadamente, reinando en el cielo. ¿Qué diferente es el tratamiento que tienen en vida un azor y una gallina, y cuán trocada suerte tienen después de muertos en casa de un señor! La gallina en un corral sucio y hediondo, sacando con su trabajo su comida de entre el estiércol, excarvando, y el sustento de cosas sucias y hediondas y el sueño en un sucio lugar; el azor servido de los cazadores, sustentado y cebado de perdices, guardado del sol y serenos, ataviado con capirote y piguelas galanas y costosas, y lo más del tiempo en la mano del mismo príncipe; y cuando el azor muere, que es ordinario de su muerte natural, con pesar del señor y de los cazadores, al fin le echan en el muladar á los perros; pero la gallina, que hasta la muerte tiene violenta y cruel, á veces en fuentes y platos de plata se sirve á la mesa de su señor, y della gusta y tiene el mejor sustento. ¿Qué mucho que haya esa diferencia entre los que viven pobres y afligidos en los muladares, sacando su pobre sustento del sudor, desechados de la presencia de los poderosos, y los que viven siempre á su lado dellos, y gozan de los favores, regalos y entretenimientos desta vida; los cuales, muertos descansadamente, sin violencia ni dolor (que hasta eso han sido favorecidos de la fortuna, como dice el santo Job, quejándose de su buena suerte á la justicia y providencia de Dios, cuando dice, después de otras cosas en que gozan de su prosperidad, que al tiempo que habian de tener dolor en esta vida, que es al de la muerte, salvan aquel amargo paso excusándose las penas, y reservados dellas, mueren en un instante sin dolor), después ¿qué mucho que carezcan de buen lugar, y le tengan los primeros en la mesa eterna de Dios? Este es pues el consuelo, y no de los menores del trabajado, pensar que va encaminado para su salvación con una prenda tan cierta, aunque, como atrás queda dicho, no infalible; por lo cual dice san Gregorio que puso Salomón duda en su salvación, y que cayó en el vicio abominable de la idolatría, por no haber alcanzado trabajos en su vida.

DISCURSO VIII.

De otras ocho razones de consuelo, las cuales pone juntas el apóstol san Pablo en un capítulo, el cual se declara.

El apóstol san Pablo, viendo por una parte cuán necesarios son los trabajos del cristiano para la salud, y cuánta la paciencia para sufrirlos, y por otra, cuánta flaqueza se tiene para llevarlos, procura en el capítulo 8.º de la epístola á los romanos (donde nos declara las misericordias de Dios, y cuán á boca llena podemos llamarle padre) de juntar muchas razones para consolarlos en los trabajos, porque por ignorancia ó inadvertencia no desmayemos en ellos, y perdamos tantos bienes como tenemos por ser hijos de Dios. Comienza en la segunda parte del capítulo, diciendo: De lo dicho se saca, hermanos, que quedamos en deuda, no á la carne para vivir según su voluntad, porque si viviéredes según esta, perdidos vais; pero si, por el contrario, viviendo según el espíritu, mortificáredes las obras de la carne, viviréis; porque los que se dejan llevar y guiar como antecogidos del espíritu de Dios, esos son hijos de Dios; porque no habeis de pensar que el espíritu que agora habeis recibido es, como el pasado, espíritu de temor, como de siervos, sino el que habeis recibido es espíritu de hijos adoptivos y probijados, por el cual llamamos á Dios á boca llena padre; el cual espíritu nos da testimonio que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, ¿quién quita que seamos herederos, herederos de Dios y á la parte de la herencia con Jesucristo, con tal que padezcamos con él para ser herederos con él de la gloria? Hasta aquí san Pablo.

Este es el primer consuelo de nuestros trabajos, que si los padecemos, no es á solas, sino en compañía del Hijo de Dios, á quien el Padre eterno puso en la cruz y le libró della; y así, si padecemos con él, lo mismo hará con nosotros; solo es necesario que nos hagamos hijos de Dios. Los malos también padecen como los buenos; pero, como no tienen á Dios por padre, no pueden esperar del padecer tan dichoso fin. Porque, como dice san Gregorio, esta es la diferencia de los trabajos del reprobado á los del predestinado ó del malo y el bueno, que el bueno conoce que son de su padre y justo juez, y por eso los recibe con alegría, á lo menos no sin paciencia; y si siente en sí pecado, por este camino se enmienda, y si no, anda más recatado y procura más cada día aprovechar. El malo ni reconoce en sí por dónde merezca castigo, ni se ablanda ni mueve á penitencia; y así, no solo no se enmienda, antes toma de allí ocasión para ser peor cada día. De aquí saca san Gregorio una conclusión, que los que entre los trabajos se hacen peores, en ellos el castigo temporal se les vuelve principio del eterno. Y en otra parte dice: A solos aquellos libra la pena del castigo, á los que trueca la vida; porque á quien los males presentes no enmiendan, antes los guían á los eternos; por eso consuélase el que padece, que no padece con ellos, sino con Cristo; que siendo él hijo natural, y nosotros adoptivos, todos padeceremos como hijos, y como tales seremos librados. Otro consuelo está aquí encerrado, que si juntamos nuestros trabajos con los de Cristo y padecemos con él, ó sin duda venceremos, ó si somos vencidos, también él lo ha

de ser. Pues ¿quién duda que Cristo invencible está en la gloria? Pues así estaremos los que con él padeciéremos. Por esto decía él á los suyos, hablando de los trabajos que les esperaban: Confíad y esforzáos, que yo he vencido el mundo. Como quien dice: Vosotros también venceréis. Y lo que Sofonías dice: El Señor está en medio de tí, no quieras temer. Y por lo mismo quiso llamarse Emanuel, que es Dios con nosotros. Allende desto, padeciendo juntos con Cristo, se parece cuán pocas son nuestras pasiones, cotejadas con las suyas, que no es pequeña razón de consuelo.

La segunda consideración de san Pablo, que luego se sigue, es que no son dignas las pasiones y trabajos deste tiempo de ponerse en balanza con la gloria que después ha de ser en nosotros revelada. Porque, cuando menos, lo que aquí se padece es momentáneo y breve, y la gloria es eterna y perdurable. De la cual hablando el bienaventurado doctor san Agustín, dice: En aquella gloria el que es menor sin duda tendrá mayor gloria que el que fuese rey de todo el mundo, aunque su reino fuese eterno. Porque vilísima cosa es gozar á todo su contento de solos elementos (comparado con gozar del mismo Dios y alegrarse con él) y deleitarse con cosas corporales y visibles; porque es tanta la hermosura de la justicia y tanta la alegría de la luz eterna (esto es, de la verdad y sabiduría incommutable), que, aunque no se hobiera de estar con ella más que por solo un día, por ese solo se despreciarían con razón innumerables años desta vida presente, llenos de deleites y afluencia de bienes temporales; que no falsa ni friamente se dijo aquello del salmo: Mejor es un solo día en tus palacios que otros mil. Ninguna cosa se puede comparar con el gozo que de cosas espirituales e invisibles se recibe, y de la compañía de todos los ángeles y santos, y de la infalible ciencia de la divina naturaleza y de la visión clara del mismo Dios, de cuya hermosura están los ángeles maravillados; á cuyo mandado se levantan los muertos, cuya sabiduría es sin cuento ni medida, cuya gloria no sabe qué es mudanza, cuya luz escurece la del sol en tanto grado, que, comparado con ella el sol, no tiene luz; cuya dulzura es tanto mayor que la miel, que, comparada con ella, parece amarguísimo asensio; cuyo rostro, si vieses cuantos hay en los infiernos, ninguna pena sentirían ni tristeza ni dolor; cuya presencia, si con sus santos en el infierno pareciese, no sería ya infierno, sino deleitoso paraíso; sin voluntad de quien no se mueve una hoja del árbol, cuyos ojos encendidos penetran el profundo del infierno, cuyas orejas oyen la secreta voz del corazón, esto es, el pensamiento; cuyos ojos no menos oyen que ven, cuya oreja no menos ve que oye, porque ni uno ni otro es cuerpo, sino suma sabiduría y cierta noticia; cuyos deleites hartan sin hastío, los cuales, aunque los bienaventurados los poseen, pero siempre los desean, y perpetua hambre y sed sin pena en ellos causan, esto es, que siempre les deleitan con deseo; cuyos secretos misterios y maravillas siempre parecen á los que las ven nuevas y maravillosas, y no causan menos espanto al cabo de mil años ni de millones dellos que al principio. Hasta aquí son palabras de san Agustín, con otras muchas que á este propósito va allí diciendo, de las cuales se entiende la diferencia de aque-

lla gloria á la que acá los trabajos y pasiones nos quitan, que por ganarla se padecen. Tras esto, no hay vida tan triste y trabajada, que no tenga sus intervalos de descanso; que al fin no siempre hay que padecer en esta vida, ni se alcanzan ordinariamente unos á otros los trabajos; sus consuelos y entretenimientos tiene el mas corrido y afligido en ella; pero la gloria es eterna y siempre corre á un paso, sin que haya pesar ni intervalo alguno que pueda quebrar el hilo della; que es lo que el Salvador decia: Y vuestro gozo ninguno será bastante á le estorbar. Otra diferencia hay, que los trabajos vienen al hombre de mano de alguna criatura, pero el gozo y gloria del mismo Criador; el cual tiene mas fuerza para premiar y glorificarle que la criatura para ofenderle ni afligirle. Deste consuelo usaba Cristo muchas veces: Vuestra tristeza se volverá en gozo; quien me sirviere y fuere ministro mio (entiende en los trabajos), mi Padre, que está en los cielos, le honrará. Y en otros lugares semejantes, en que promete la gloria al que por él padeciere.

El tercero consuelo que san Pablo pone, es poniendo ejemplo en todas las criaturas que padecen con nosotros; y aquí algunos entienden por toda criatura á todo hombre, como la Escritura suele usarlo: Predicad el Evangelio á toda criatura; y quiere decir, segun esto: Pues que no hay hombre, de cualquier estado ó condicion que sea, que no padezca trabajos, ora sea cristiano, ora gentil ó bárbaro, y esté sujeto á muchos males, sin sacar el infiel fruto dese padecer, porque no conoce á Dios; pues no es mucho, dice el Apóstol, que padezca con paciencia, pues tienes por la paciencia fruto no menos que de gloria. Otros mas comunmente entienden en el nombre de criaturas lo que suena, todo el universo dellas, las cuales fueron criadas para servir á Cristo y á sus miembros místicos, que son los fieles, como dice san Pablo: Convenia que aquel por quien todas las cosas fueron criadas, que tantos hijos habia traído á la gloria, fuese autor de su salud dellos; y pues ellas para esto solo fueron criadas, desconsuélanse y padecen cuando los malos usan dellas á su voluntad y en ofensa de Dios. Lo segundo quiere decir que ninguna criatura corporal hay que haya alcanzado su fin y perfeccion, como tampoco el hombre, y que todas naturalmente la desean; y por eso se dice que gimen y esperan, por una figura llamada prosopopeya, como se dice tambien de las mesmas que alaban á Dios y se alegran. Así que, toda criatura sirve, padece, y á veces la maldicen por los pecados del hombre; de la cual servidumbre será libre cuando el hombre sea glorificado. De que se dice que ha de criar Dios un cielo nuevo y tierra nueva, porque entonces alcanzará toda su libertad y perfeccion y el fin que desea. Pues resumidos los consuelos que desta sentencia se sacan, es este el sentido del Apóstol.

Si todas las criaturas esperan su perfeccion y el dia en que han de ser libres, ¿por qué no harémos nosotros lo mesmo? Ninguna criatura corporal ha alcanzado ni ha de alcanzar aquí su perfeccion; pues ¿por qué queremos aquí el descanso y bienaventuranza? Todas las criaturas padecen aquí lo que los malos quieren hacer dellas y que padezcan; padece tú tambien si los

mesmos te maltrataren. Todas las criaturas te conocen á tí por señor, conoce tú tambien al tuyo; todas las criaturas trabajan sirviendo para que el hombre alcance su fin, trabaja tú tambien, sirve y padece para alcanzarle; todas las criaturas (aunque mas quisieran estar libres y descansar) sirven y trabajan, porque saben que esta es la voluntad de su Criador; ¿cuánto, con mas razon, has tú de padecer por agradecerle, aunque te veas inclinado al descanso?

La cuarta consolacion es que, no solamente las criaturas todas insensibles, pero los apóstoles, teniendo la nata del espíritu y siendo tan privados del mismo Dios, gimen, padecen, y tanto mayor llevan la cruz cuanto mas cerca están de Dios y mas en gracia suya; y así mismo todos los santos, como parece en Abel, Noé, Abraham, Jacob, Josef, Job, David, y otros muchos que el Apóstol nombra á los hebreos y los apóstoles. De lo cual hablando en otra parte, dice: Parece que nos tiene Dios sentenciados á muerte de fieras como á hombres infames y facinerosos, porque parece que se hace fiesta de nosotros, como se suele hacer de los tales, para que el pueblo se regocije; porque el mundo, ángeles y hombres se huelgan de vernos padecer. Entre los hombres y entre los ángeles hay buenos y malos, los unos y los otros se huelgan; el hombre bueno por ver la gloria de Dios en el que padece, el ángel bueno por lo mesmo, y para ayudarnos y favorecernos; los malos para vengarse de nosotros como de nosotros; y luego comienza á contar lo que padecen por menudo, hasta decir que están hechos los apóstoles una basura ó estiércol, que antes pone asco que contento á la vista. Y san Anselmo dice que quiere decir san Pablo: Hemos venido á tanta bajeza y ignominia, tanto blasfemia de nosotros los malos, y por tan viles nos juzgan y estiman, como si para limpiar el mundo fuese solo el remedio echarnos dél. Pues si de tal manera dejó Dios que tratase el mundo á sus mayores amigos, consuélense los que lo son, y no tanto como ellos, ni sirven ni valen tanto.

El quinto consuelo es tomado del lugar y tiempo y modo de salvarnos; porque, como el Apóstol en otra parte dice: Por fe caminamos y vivimos, y no por vista; esto es, no nos han prometido cosas terrenas, que luego se ven y se gozan, sino espirituales que no se ven, pero espéranse; por eso dice: Lo que tú ves, ¿para qué lo has de esperar? Esto es, que la bienaventuranza prometida nos está, pero no en el estado que agora vivimos. Entonces, dice, Cristo pagará á cada uno segun sus obras, entonces dirá á los buenos: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está aparejado desde el principio del mundo. Luego, segun esto, esperar conviene; y así lo dice el mesmo: Vosotros seréis como hombres que esperan á su señor de vuelta de las bodas. El salmo: Espera al Señor y pelea como varon. Abacuc: Si se tardare, espéralo; que aprisa vendrá, y no tardará. Así lo hacia Job: Todos los dias que en esta vida peleo, me sustento de esperar. Y otros muchos lugares lo dicen. Luego la esperanza es nuestro consuelo, y á quien esta le falta, le faltará el bien y el consuelo, como el Sabio dice: ¡Ay de aquellos que han perdido el sufrimiento y se pasaron al camino de los pecados! ¿Quién consuela al labrador de tan importuno

y pesado trabajo, hasta madrugadas y frios del riguroso invierno, sino la esperanza de un poco de cosecha? Quién al marinero de tantos peligros y tempestades, sino la esperanza de sus ganancias en llegando al puerto? Quién al soldado, al mercader, finalmente á todo hombre que pretende alguna cosa, sino la esperanza de salir con ella? Pues ¿por qué no se consolará y entretendrá el afligido con la suya de salir de su trabajo y alcanzar tan ricos tesoros como le esperan?

La sexta consolacion se funda en el favor del Espíritu Santo en medio de los trabajos, como le tuvo Susana en medio de sus angustias, que de todas partes le cercaban; y al fin con este favor se determinó de padecer, antes que ofender á su Dios con el mesmo Cristo en cuanto hombre, estando diciendo: Señor, pase de mí este cáliz. Dice luego: Hágase, Señor, tu voluntad. Y añade luego san Pablo que el mismo Espíritu Santo pide por nosotros lo que nosotros no alcanzamos á pedir ni á saber lo que nos conviene; y que el mismo Espíritu está gimiendo, esto es, que nos hace gemir con su lumbré y favor, y nos hace gemir con increíbles gemidos. Tambien gimen los malos, pero no con este gemido del Espíritu Santo. Y así, aunque á veces son oídos unos y otros, á veces ni unos ni otros, pero diferentemente; porque los hijos del Zebedeo oyeron: No sabeis lo que pedis. San Pablo no fué oído cuando pide ser libre del ángel de Satanás, porque la oracion de la carne no es oída en los buenos, porque ella no sabe lo que se pide; la de los malos algunas veces es oída, pero para su mal, como cuando los del pueblo pidieron en el desierto carnes para comer. La oracion del espíritu siempre es oída, porque es conforme á la voluntad de Dios, cuyo es el espíritu que pide.

La sétima consolacion saca san Pablo del provecho de las tribulaciones, porque siempre ellas y todo lo demás al buen cristiano se le convierten en bien y le ayudan á obrar bien; dellas y de todo saca materia y ocasion de bien, que es una de las dignidades mayores que se le pudo dar ni él pudiera imaginar. Pensaba Mídas que habia alcanzado gran felicidad cuando fingen los poetas que cuanto tocaba se convertia en oro (hasta aquí llega la codicia de un hombre sensual); pero fué tan léjos de serlo, que antes le costó la vida, pues lo que comia, antes que llegase á la boca se convertia en oro; y así, murió de no comer por falta de manjar; pero esta gracia que Dios hace á sus amigos no puede suceder sino en bien; porque todas cuantas cosas hay criadas y cuantos sucesos acaecen se les convierten, no en oro, sino en bien y provecho de su alma, que es mas que el oro, las riquezas, los trabajos, las angustias, los pecados suyos, los de los otros, las penas del infierno, la cruz, el mesmo Dios, que es el sumo bien; el pecado, que es sumo mal, todo se le convierte en bien; y ésta buena ventura nació de la eleccion de la predestinacion, que por eso añade á los que, segun el propósito de la divina predestinacion, tienen vocacion de santos. Y pues así es, que al cabo todo ha de salir á bien, y esto está en nuestra mano, ¿qué mayor consuelo para él, que del mesmo trabajo puede sacar á su voluntad tanto provecho? Solo se requiere que se haga amigo de Dios para tener esta gracia.

La otava consolacion saca san Pablo del amor que Dios nos tiene, con cuyo pensamiento debemos en la afliccion estar consoladissimos, así como dobla la pena del trabajo pensar que Dios está contra nosotros enojado. Pues lo que quiere decir el Apostol es, la cruz y la afliccion en los escogidos no es señal ni de ira ni de enojo de Dios, sino de gracia y amistad; lo cual entendémos en Cristo, á quien quiso el Padre que padeciese, no por enojo que con él tenia, sino por mostrarnos el camino de la gloria, que son los trabajos y pasion. El que salvarse quisiere, ha de parecerse á Cristo. Como nos parecemos (dice en otra parte san Pablo) y fuimos imagen del terreno, así hemos de parecer al celestial. Dos formas tiene Cristo: forma de Dios y forma de siervos; segun la de Dios, es el Hijo verbo, verdad y sabiduría de Dios. A esta imagen nos parecemos cuando lo que el Hijo de Dios es por naturaleza lo procuramos ser por gracia. Segun la forma de siervo, se desmenuzó y se deshizo y anonadó. A esta imagen es necesario parecerse si quieres salvarte; esto es, haberlos predestinado para ser conformes á la imagen de su Hijo; y á estos llamó y justificó y glorificó aquí por esperanza, y allá por posesion de gloria.

Concluye san Pablo diciendo: No sé qué mas consuelos me diga; mas ¿qué puede mas añadirse á lo dicho? Quien con esto no se consuela y trata de ser hijo y amigo de Dios, ¿qué le consolará? Tanta experiencia de su amor, y todavia dudamos si Dios es de nuestra parte y nos ama; lo cual parece en tantos y tan soberanos bienes, como son: predestinacion, vocacion, gracia, justificacion, gloria; ¿quién será contra nosotros? Quien nos hiziere guerra estando nosotros de su bando, se la hace á él; quien nos quisiere vencer, con Dios lo ha de haber primero; y ¿quién vencerá al Todopoderoso? No será mas que dar coces contra el aguijon; quien tanto nos amó, que de su propio Hijo unigénito no fué avariento, pudiendo condenar al hombre, y quedarse tan Dios y tan glorioso; quien de nadie tenia ni tiene necesidad, nos dió, no un hombre ni un ángel, sino á su propio Hijo, que parece que se desnudó de padre en no solo darle, sino no perdonarle, y esto siendo indignos y pecadores, y por todos nosotros, que á todos alcanza el beneficio de su pasion; pues ¿qué nos negará? Qué no hará? Pues aunque te ardas en trabajos y aflicciones, no hay que desconfiar de quien tanto bien te hizo; y pues Dios es el que nos justifica y defiende, ¿quién tiene poder para condenarnos? ¿Jesucristo? Sí por cierto: Jesucristo, salvador, ungido rey y sacerdote, que murió por nosotros, y con su muerte pagó nuestra deuda; el que resucitó, y resucitando venció todos los enemigos; el que está á la diestra de Dios, en que se ve que es Señor de todo; el que terció por nosotros aquí, y le oyeron en la cruz por su respecto y ser quien era; y agora en el cielo es nuestro solicitador delante del rostro de Dios, y nuestro abogado para con el Padre. ¿Este ha de ser contra nosotros? ¡Bueno! Gran confianza pone al bueno; al malo no así, antes tiene de qué temer; porque, si por el bueno ruega, del malo se queja; si cruz, llagas, oracion, predicacion favorecen y ayudan al bueno, al malo doblan la condenacion. Pues alégrese el bueno, pues los trabajos que Dios le envia son señales

de su amor, y haberle dado á su Hijo es señal que ninguna cosa le negará.

De aquí saca san Pablo para sí y para todos un esfuerzo grande, desafiando á cuantos trabajos pueden venirle, que ninguno será poderoso para hacerle perder el amor de Cristo; como quien dice: Grandes enemigos parecen tribulaciones, hambres, desnudez, pobreza, etc.; pero ¿qué tienen que ver con la caridad de Dios ni con la consolacion que de su mano tenemos? ¿Estás en aflicion? Por eso tienes de dentro consolacion, porque si no hay pecado que te acuse, el espíritu da testimonio que eres Hijo de Dios. ¿En angustia vives? La conciencia está segura si te llegas á Cristo con verdadera piedad. ¿Perseguido eres? Pero tienes promesas. ¿Tienes hambre? Pan tienes del cielo, que es el mismo Cristo. ¿Desnudo te hallas? Mirate bien, que á Cristo tienes vestido, y con esta vestidura puedes segu-

ramente llegar á Dios. ¿Veste en peligros? Seguro puedes decir lo del salmo: Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo. ¿Temes la espada? ¿No ves que tienes otra mas aguda, que es la del espíritu? Y pues todas estas armas y remedios se hallan en Cristo, ¿quién nos apartará del amor y caridad de Cristo? Aunque está escrito que por él andamos cada día entre los tiranos padeciendo, y que los mundanos nos juzgan por ovejas en matadero; pero al fin Cristo como oveja fué muerto sin abrir su boca; no es mucho que sus hijos y amigos muramos, cuanto mas que no morimos, sino piensan que morimos; antes por eso que llaman muerte entramos á la vida. Los malos son los del matadero, como dice Hieremías, que los mate Dios como ovejas de sacrificio; pero los buenos con la muerte descansan, muriendo por Cristo, con Cristo y en Cristo.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO QUINTO.

DE LOS EJEMPLOS DE PACIENCIA QUE DIOS NOS DEJÓ PARA MOVERNOS Á TENELLA.

PRÓLOGO.

Grande fuerza conocieron los antiguos para mover los ánimos de los hombres en la elocuencia; de donde salieron muchas pinturas della, como la de Hércules, que traía tras sí mucha gente atraillada con cadenas subtilísimas que de la lengua le salían; de donde hubo quien pensase que las fuerzas suyas, por quien es en el mundo tan famoso, no fueron corporales, sino las de su elocuencia, y que los trabajos que dél se escriben en las historias, tienen sola la significacion de lo que mediante esta peleaba. De aquí nació la fábula de Orfeo, que movía con su música las piedras, significando la elocuencia, que, cuanto quiera fuesen duros, movía con su fuerza á los corazones; la cual por esta razon llamó Eurípides reina, y otro filósofo la llamó *flexamma*, por la fuerza que tiene de doblar los ánimos, como cuenta Valerio Máximo. De aquí salió tambien aquel medio verso de Ciceron:

Cedant arma togae,

que Quintiliano cita y Salustio, que quiere decir: Reconozca la fuerza de las armas á la elocuencia; como quien por experiencia sabia la fuerza del biendecir; porque lo que ningun género de armas suele poder con los hombres, lo puede y acaba con facilidad una concertada y elocuente oracion. Esta verdad es mas cierta y conocida en la doctrina del cielo, donde la fuerza de toda la elocuencia humana es como ninguna, comparada con la que consigo trae la palabra de Dios, como san Pablo dice á los hebreos. Por esta razon llama san Augustin á los salmos de David encantaciones, y aun Esaias llama al predicador de la palabra de Dios encantador cuando

dice que alzará Dios todos los adivinos de su pueblo, que en hebreo dice encantadores, entendiendo que en castigo les quitará los predicadores; y aun David cuando es mucha la dureza de los oyentes, porque nadie le eche á flaqueza de la palabra que se predica, dice que los tales son semejantes á las serpientes, que se tapan las orejas para no oír la voz del encantador.

Hasta aquí se ha llevado por sola doctrina y razones el discurso deste libro; pero, aunque sea tanta la fuerza della, como está dicho, mayormente siendo doctrina sagrada, que de ninguna fuerza criada puede ser vendido; mas porque generalmente la flaqueza de los hombres suele moverse mas con los ejemplos de otros hombres, en que descubre mas su animal naturaleza, en que comunica con los brutos que, con ejemplo de otros sus semejantes, suelen con mas facilidad moverse á aquello á que su dueño les encamina; de donde viene á ser tantas veces y con tanto encarecimiento encomendado á los predicadores el ejemplo de la buena vida, de suerte que el oyente vea lo que oye puesto por la obra; porque, como el poeta dice:

*Segnius irritant animos demissa per aures,
Quam quae sunt oculis subjecta fidelibus.*

Que quiere decir que lo que se aprende por los oídos, mas de espacio y con menos fuerza mueve los ánimos que lo que por los ojos se ve puesto por obra; y esta es de tanta fuerza, que, aun oída ó leída en las historias, mueve dulcemente al oyente á seguir aquel camino, como á todos enseña la experiencia, y mucho mas que cuando aquella virtud, así obrada, se enseña por razones y doctrina; por donde se encomienda mucho esta manera de enseñar á los predicadores.

Por esta razon, pretendiendo yo en este libro como fin principal mover á la virtud de la paciencia al lector afligido, me pareció que fuera gran falta contentarnos con la doctrina de los libros pasados, olvidando lo que para este fin tiene la mayor fuerza, que son los ejemplos, con que, poniendo los ojos en ellos, tengamos sufrimiento en nuestras adversidades, especialmente los que para este fin escogió Dios y con este mismo nos encomendó; los cuales serán aquí pocos, y todos de las sagradas letras, dejando á la diligencia del lector otros muchos que en las historias, así sagradas como profanas, podrá hallar á este propósito. Fué significado el provecho que los ejemplos hacen en todos, especialmente para el alivio y consuelo de los trabajos, en la diligencia que Abdemelech hizo cuando por mandado del Rey sacó al profeta Jeremías del lago, que le puso en la sogá unos trapos viejos para que saliese sin lastimarse las manos y con mas alivio; y los trapos eran de vestidos viejos del palacio del Rey, para significarnos el grande alivio que el afligido recibe, teniéndose á los ejemplos de los santos, para salir presto, descansadamente y con provecho del trabajo en que está. Deste provecho y esfuerzo gozará el que atentamente leyere los que aquí se pondrán, que son primero, generalmente, de todos los santos y amigos de Dios, tras esta generalidad los trabajos y paciencia del santo Job, tras él los de Tobías, luego los del patriarca Josef, y luego los mártires y apóstoles; tras estos la paciencia y trabajos de Lázaro mendigo, y luego los que la Madre de Dios padeció, y luego los que su santísimo Hijo; y al fin, la paciencia que Dios tiene sufriendo y esperando los pecadores. En los cuales ejemplos, mirado con atencion quien son los que padecen, la poca necesidad que casi todos tenían de padecer, el fin por qué padecieron la gravedad de los trabajos, son estas cosas de tanta fuerza en un corazon considerado, que causarán, no solo paciencia en sus trabajos, pero vergüenza y confusion de ver con cuánta impaciencia los lleva, y deseo para adelante de mayores peleas, por parecerse en algo con el que dellos menos padeció. Y para que se tenga atencion á las circunstancias dichas, pues son de tanta importancia, se le irán acordando al lector en cada discurso deste libro; antes en eso se ha de emplear lo mas principal de su argumento.

DISCURSO PRIMERO.

Del ejemplo que para nuestra paciencia tenemos en la que en sus muchos trabajos tuvo cada uno de los santos y amigos de Dios en esta vida.

Aunque arriba queda copiosamente dicho que los trabajos son en esta vida generales, y tanto, que á ningun estado, sexo ni edad perdonan; pero mas ciertos y mas graves, y á veces, sin la especial gracia de Dios con que se llevan, mas intolerables son los que caben á los buenos y amigos de Dios; de manera que los demás, comparados con ellos, apenas merecen nombre de trabajos; lo cual nos quedó á los cristianos en las historias y en las dotrinas y pláticas que hasta nuestros tiempos han venido de mano en mano para nuestro esfuerzo y consuelo, el cual los pasados no tuvieron, ó tanto me-

nos cuanto mas se acercaban á los principios del padecer; y con esto consuela á los de su tiempo el apóstol san Pedro: Amigos, no os maravilleis ni alboroteis en los trabajos y tribulaciones que os vienen apriesa, ni los extrañeis como cosa nueva ó nunca oída, pues desde que hay amigos de Dios se platican y padecen; lo que habeis de hacer es entrar á la parte con los demás santos y con Jesucristo en sus pasiones, para que tambien lo entreis en su gloria. Los demás apóstoles así consuelan á los cristianos como san Pablo, que, escribiendo á los de Macedonia, les dice que se parecen á los cristianos de la iglesia de Judea en que han padecido de sus ciudadanos las afliciones que ellos de sus judíos; en que alaba á los que en la una y en la otra parte padecian, anunciándoles el desastrado fin de los que hacian la persecucion, que era la condenacion eterna. El bienaventurado apóstol Santiago dice en su *Canónica*: Tomad, hermanos, en vuestros trabajos ejemplo en la paciencia con que los profetas padecieron los suyos, que hablaban en nombre del Señor; advertid que predicamos por dichosos y bienaventurados á los que sufrieron. Ya habeis oído la paciencia de Job y el fin que Dios dió á sus trabajos, en que se mostró tan misericordioso. Con esta misma razon fueron ellos esforzados y consolados del mismo Señor y maestro suyo cuando les dijo, al cerrar de las bienaventuranzas: Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecieren, persiguieren y dijeren mal de vosotros; gozáos y alegráos, que el premio y galardón de vuestra paciencia será colmada en los cielos, porque así persiguieron á los profetas, que fueron primero que vosotros. Y es gran ocasion de paciencia, no tanto el tener por compañeros á los buenos en el trabajo, que esto entre los siervos de Dios antes es desconsuelo, porque su caridad antes se duele del mal de los otros, cuanto por pensar que este es el camino por donde lleva Dios á los suyos para su gloria.

Esta es la puerta angosta y el camino estrecho y áspero por donde conviene entrar y procurarlo y porfiallo; es gran consuelo verse un hombre dentro en él en compañía de los pocos que han sido dichosos en hallarle, que aunque lo son en respeto de los que no dan con él, pero muchos son en número; porque, si discurrimos por los buenos que han sido desde el principio del mundo, hallaremos que ninguno ha escapado de grandes afliciones y tribulaciones. Desde Abel, muerto por envidia de su propio hermano; Noé, Abraham, Isaac, Jacob, ¿qué de trabajos, qué de destierros, qué de peregrinaciones? Abraham fué desterrado de su tierra y parientes; ¿cuánta hambre padeció en tierra ajena, como un hombre sin casa. Anduvo de Caldea á Mesopotamia, de Mesopotamia á Palestina, de Palestina á Egipto; ¿qué de sobresaltos y peligros padeció, por causa de la mujer, con aquellos bárbaros; qué de guerras para redimir la captividad de sus parientes? Pues ¿aquel tártago que recibió cuando le fué mandado sacrificar su hijo, la lumbre de sus ojos, y en cuya cabeza estaban puestas las esperanzas de toda cuanta honra y felicidad Dios le habia prometido? Este le mandan salir á matar con tantas circunstancias, que cada una traspasaba el corazon del santo viejo.